

NOMBRE: Antonio Alarcón

PERSONAJE: ABRAM, el vampiro disfrazao

Nightmary of his Dreams

Y allí estaba. Tal y cómo ella le había pedido. Con su disfraz de cordero, remendado por tres sitios y un agujero circular a la altura del hocico que le permitía ver y respirar, en medio del claro de los cipreses, cerca del lago y del cementerio. Al menos jugaría en casa.

Estaba empezando a anochecer y llevaba media hora esperando. No le gustaba la situación, olía a que una nueva jugarreta de Mary iba a tener lugar pero por alguna razón aún confiaba en ella. Desde el primer día que la sedujo con su disfraz de conejito para poder hincarle el diente a esa regordeta y jugosa yugular que exhibía, con morbosa inocencia, su cuello, se había enamorado por completo. La había tenido rendida en sus brazos, esperando a ser mordida y caer en el placentero sueño vampírico producido por unos colmillos bien entrenados como los suyos.

Lo recordaba con claridad meridiana. Mientras él estaba obnubilado mirando, no sólo su cuello, sino sus ojos, su boca, la comisura de sus labios y sobre todo los tirabuzones que dibujaba el ondulado pelo rubio sujeto en lo alto por dos coletas, de pronto comenzó a sentir un calor en la entrepierna que empezaba a incomodarle. Bajó la mirada y no pudo creer lo que vio. La pequeña y santurróna Mary había simulado su inconsciencia y con la mano que supuestamente caía inerte le estaba aplicando una llama a la mullida cola de su disfraz de conejito con un ZIPPO enorme.

Pegó un respingo y soltó a la chica, que cayó con un golpe sordo al suelo que no pareció hacerle demasiado daño porque según se vio libre rompió a desternillarse de risa al grito de “¡Vamos Conejito, Corre!”. Abram comenzó a correr dando vueltas sobre sí mismo y soplándose la cola para tratar de apagar el pequeño incendio que amenaza sus genitales pero lo único que conseguía era avivar más la llama y, por supuesto, la risa de Mary cada vez más histriónica.

Finalmente consiguió apagar el fuego lanzándose al suelo de culo y rodando varias veces hacia un lado y otro. Poco a poco la risa de Mary fue disminuyendo aunque aún soltaba alguna carcajada hasta quedarse sin aire cuando sus ojos vidriosos por las lágrimas le permitían ver con mayor claridad la quemadura que le había dejado en las posaderas.

Debería estar furioso con ella, de hecho lo estaba, pero sólo duró unos segundos hasta que ella se disculpó y cambió radicalmente su aire demoníaco que había demostrado hacía unos minutos por gestos, palabras y adulaciones angelicales. Sólo

con cogerle de la mano se tranquilizaba, y con un par de caricias ñoñas de sus dedos los músculos de su rostro se relajaban y una paz interior le invadía.

A pesar de aquella experiencia, la había vuelto a ver. Siempre que ella le llamaba, él iba. Como aquella vez que le pidió que fuera disfrazado de gusano para jugar a ser una pareja de GusiLuz en una romántica noche en el campo durmiendo a la luz de las estrellas y resultó que le dejó sólo en medio del zoo en un espectáculo de halcones asesinos. O cuando fue de misionero a aquella fiesta de bebés caníbales o de algodón de azúcar a la convención anual de diabéticos suicidas. En fin.

Confiaba en que algo cambiara algún día y presentía que ese día era hoy. Claro que eso fue antes de escuchar el primer aullido. La noche se cerró de repente y decenas de ojos brillantes comenzaron a rodearle a unos 10 metros de su posición. Una risa, que conocía perfectamente, se extendió por el valle.

No serviría correr. Gracias a dios era un vampiro y esa condición le permitiría regenerar su cuerpo a pesar de las heridas, como siempre. Y una vez en su ataúd ella se sentaría a su lado, le dejaría abrazarla un rato, olerle el pelo, sentir su respiración en su pecho, y quizá con suerte le rozaría los labios mientras contemplaba atónita como cicatrizaban sus heridas. Luego se marcharía con un “hasta la próxima”... Como siempre.